



Tim Whitmarsh, *Battling the Gods: Atheism in the Ancient World*, London, Faber & Faber, 2016, 290 pp. [ISBN: 978-0-307-95832-7].

Pocos son los trabajos publicados que han analizado la religión griega desde conceptos del campo de la increencia como la irreligiosidad o el ateísmo. Desde aquella famosa obra de A. B. Drachmann, *Atheism in the pagan antiquity*, editada en Chicago en 1922, ha habido pocas ocasiones en las que se ha propuesto en el título un término con tantas connotaciones históricas como es el de *ateísmo*. Destacan estudios del siglo pasado, no específicamente de Historia Antigua, que han tratado de buscar el origen del ateísmo en la Antigüedad grecorromana estableciendo en el “milagro griego” el inicio de una Ilustración. Un periodo de racionalismo primigenio que asentaría las bases del pensamiento humanista racional que se construye, de alguna manera, enfrentado al “pensamiento irracional” que define la naturaleza del pensamiento religioso. Sin perder esa alegoría de la lucha entre el individuo racional con los dioses, Tim Whitmarsh nos propone en este libro una exégesis de los textos que componen el pensamiento religioso para comprender el fenómeno de la increencia en la Antigüedad grecorromana. A diferencia de los textos que comúnmente tratan el ateísmo desde una cierta beligerancia, el autor, ya en el prefacio, advierte al lector que esta obra no tiene como objetivo realizar un “proselitismo ateo”. No pretende afirmar o negar la veracidad del ateísmo, sino profundizar en el estudio de la irreligiosidad como fenómeno histórico.

Se trata de una obra ambiciosa debido al gran marco temporal que abarca, sin embargo, Whitmarsh aborda el estudio con gran calidad, analizando diferentes textos desde una postura histórico-filológica y aportando datos no solo del propio texto, sino también de la geografía, la sociología y, por ende, del contexto histórico de cada periodo. Divide la obra en cuatro grandes capítulos que corresponden a las cuatro grandes etapas que se analizan en el estudio. Tras una introducción (pp. 3-12), en la que se expone un diálogo ficticio –pero factible– en la Grecia clásica, inicia su primer capítulo en el contexto de la Grecia arcaica (pp. 15-68), analizando cuatro características básicas de la religiosidad griega, presentes en esta etapa histórica, en subcapítulos distintos. Dichas características son: el politeísmo griego, y cómo este influye en el contexto religioso (pp. 15-27), la falta de dogma en la religión griega y, por ende, la inexistencia de un libro sagrado o de escrituras sagradas (pp. 28-39), la construcción del mito, destacando aquellos que desarrollan un conflicto entre los dioses con otros seres mitológicos (pp. 40-51), y, finalmente, las ideas desarrolladas por los filósofos presocráticos en torno a la realidad natural, señalando su diversidad ontológica a la hora de definir la divinidad (pp. 52-68).

En el segundo capítulo, Whitmarsh se centra en la Grecia clásica, concretamente, en la polis ateniense (pp. 71-137). Para ello subdivide el capítulo en cinco apartados; en el primero de ellos estudia cómo el poso filosófico de los presocráticos genera nuevas formas de entender no solo la naturaleza, sino también el propio devenir y

origen de los hechos a través de un cambio en la lógica instrumental de causa y efecto (pp. 75-86). A continuación, a través de las primeras palabras de la famosa cita de Protágoras (D.L. 9.51), expone el pensamiento religioso (e irreligioso) de los principales autores sofistas del s. V a.C. (pp. 87-96). En el tercer apartado se centra en el género teatral y analiza los textos de distintas obras clásicas del teatro griego en las que se trata la naturaleza de los dioses y su relación con el ser humano (pp. 97-114). En el siguiente apartado señala la conexión entre la irreligiosidad y los juicios por *asebeia* que se desarrollaron en la segunda mitad del s. V a.C., destacando el cambio connotativo que se produce del término “ateo” (pp. 115-124). Whitmarsh concluye el capítulo realizando una exégesis de los textos en los cuales Platón se refiere a los ateos y a las posiciones irreligiosas (pp. 125-137).

En el tercer capítulo, el estudio aborda el marco cronológico del Helenismo (pp. 141-185); al igual que en los anteriores, el capítulo se subdivide en tres apartados. En el primero de ellos se atestigua la deificación de las monarquías que se generan en este periodo y cómo ello se refleja en la manera de definir al monarca como rey-dios (pp. 145-155). El segundo apartado se centra en el pensamiento filosófico ateo que se genera tras el surgimiento de las distintas escuelas helenísticas, mostrando un gran interés en la figura de Carneades (pp. 156-172). Finalmente, el capítulo concluye con un análisis de la corriente epicúrea como aquella más cercana al ateísmo filosófico, representada por el *theomakos* por excelencia, Epicuro (pp. 173-185).

El cuarto capítulo se centra en el contexto de Roma hasta la llegada del cristianismo (pp. 189-242); para ello, el capítulo se subdivide en los últimos cuatro apartados del libro. El primero analiza la transición de la idea de divinidad griega a la romana y cómo el ateísmo que se construye en Roma es diferente al del contexto griego, ya que se encuentra más ligado al aspecto político (pp. 193-204). El segundo apartado retoma la conexión entre la cultura griega y la romana (a partir de la doxografía). Determina la base filosófica del ateísmo que se produce en Roma negando la existencia de un ateísmo similar al movimiento político-filosófico como el que se desarrolla a partir de la Ilustración moderna, separándose así de las posturas más beligerantes del ateísmo que defienden una continuidad evidente entre el pasado grecorromano y la modernidad (pp. 205-214). En el tercer apartado, el autor apunta cómo el ateísmo se consolida como postura irreligiosa dentro de un contexto, Roma, que el propio Whitmarsh define como “el gran mercado de posturas y creencias religiosas” (pp. 215-230). Finalmente, el capítulo concluye con un breve análisis de las posiciones irreligiosas tras la llegada del cristianismo y cómo este hecho transforma la visión del ateísmo al desarrollarse una nueva ortodoxia religiosa (pp. 231-242).

Bajo mi punto de vista, la importancia del estudio de Whitmarsh reside no tanto —que también— en su amplio marco cronológico de estudio, sino en la manera en que se define el ateísmo y las corrientes irreligiosas en cada contexto histórico y religioso. El autor nos invita a eliminar los prejuicios que existen en nuestra sociedad hacia el ateísmo, nacidos de la hegemonía de la tradición judeocristiana y, sobre todo, a comprender que el ateísmo se construye frente a una religiosidad concreta, hecho que le dota de naturaleza histórica. De hecho, Whitmarsh realiza una diferenciación clara entre el ateísmo moderno y el antiguo: mientras que el moderno se nutre del anticlericalismo y de la idea social de progreso, con una pugna definida entre ciencia y religión, el antiguo carece de dichos elementos. Aborda así la historia del ateísmo en un lapso cronológico muy extenso, pero sin perder la naturaleza de su objeto de estudio, en este caso, las manifestaciones ateas en distintos géneros literarios,

destacando sobre todo el teatro y sus manifestaciones dramáticas, tanto en forma de sátira como de tragedia. En dichas manifestaciones, en efecto, residen unas profundas reflexiones sobre la divinidad y su relación con los humanos claramente influidas por el carácter escéptico del pensamiento de los filósofos presocráticos. Serán estos autores quienes desarrollarán un fondo filosófico desde el cual se irá formando el pensamiento irreligioso posterior, sobre todo en el Helenismo con los epicúreos. Es igualmente interesante cómo el autor analiza el ateísmo en la historia de Roma. Las diferencias existentes entre el contexto religioso griego y el que se desarrolla bajo la cultura romana dotan al ateísmo de la antigua Roma de unas características específicas, como por ejemplo la relación entre el providencialismo y la historia. Las posiciones ateas, elaboradas gracias a la doxografía –que permite construir lo que el autor denomina la “comunidad virtual” de los *atheoi* griegos– no solo eran posiciones irreligiosas, sino también políticas. Finalmente, con la llegada del cristianismo, el ateísmo sufre un cambio importante. Para el autor, la construcción de la alteridad religiosa como irreligiosa o atea es una construcción judeocristiana derivada del nacimiento del dogma cristiano. La no creencia en dicho dogma convierte al otro en ateo, lo que nos muestra un importante cambio, no solo de hegemonía religiosa, sino también del propio contexto religioso.

En conclusión, el interés que genera esta obra es innegable, no solo por la perspectiva de estudio, sino por el gran abanico histórico que se analiza. Es cierto que su brevedad no permite ahondar de manera exhaustiva en el pensamiento irreligioso o ateo en cada uno de los periodos que se desarrollan. La complejidad de definición y limitación de un concepto como el ateísmo se resuelve con la definición de un marco teórico concreto para cada contexto histórico con el fin de analizar los límites de la increencia. Por todo ello, la obra de Whitmarsh es una excelente manera de iniciarse en el estudio del ateísmo y sus límites como fenómeno histórico en la Antigüedad grecorromana.

Ramón Soneira Martínez  
Universidad Complutense de Madrid  
rsoneira@ucm.es